cer se presentó el sacerdote Montés para darle los últimos auxilios espirituales. Soufflard le oyó sin rechazarle, pero interrumpiéndole de cuando en cuando para lanzar alguna maldicion horrible contra Micaud. Este ódio sobrevivió á todas las demás pasiones en aquel hombre sentenciado por la justicia y por sí mismo.

A las once y cuarto sufrió Soufflard la última convulsion que le hizo levantarse sobre el lecho como si le hubieran movido con un resorte; cuando volvió

á caer, era ya cadáver.

Hecha la autopsia por los doctores, Olivier de Angers, West y Bois de Loury, resultó que con la cantidad de arsénico hallada en el cuerpo de Soufflard hubieran podido envenenarse cien personas.

Al saber la Alliette que Soufflard acababa de espirar, dijo con indiferencia. Esa es bola, yo no lo

creeré hasta que lo vea.

Conducida al calabozo, que era el mismo en que habia estado Lacenaire, dijo con la mayor frialdad, al ver el cadáver:

—Es verdad, está muerto. Nunca hubiera creido

yo que tuviese tanta resolucion.

En cuanto á Lesage, despues de haber manifestado una verdadera debilidad durante los debates, cambió de pronto despues de la sentencia. Aun protestaba con frialdad de su inocencia, pero parecia soportar su suerte con resignacion, y no manifestaba sentir otra cosa que el carecer de medios para comprar tabaco y algun estraordinario de vino.

Al referirle el suicidio de Soufflard, se le hizo presente que el matarse en semejante posicion, equi-

valia à reconocerse culpable.

—Demasiado lo conozco, contestó; y esto es lo que me incomoda. Eso mismo es lo que se le ocurrirá al público y al tribunal, y yo pagaré por él... pero esto no impedirá que yo suba á donde sabeis, con valor.

ometidas al análisis las materias arrojadas, que ex-

halaban un fuerte olor à ajos, se viu que Soufflard se

habia envenenado con arsenico, y que la cantidad que

habia tomado era enorme. Sin duda cometió este úl-

timo atentado cuando le estaban levendo la sentencia.

do con cardenillo por ciertas palabras que se le ove-

ron à un preso.

lente (1).

En un principio se, creyó que se habia envenena-

Este dijo : ese hombre hubra /abricado el mismo

el veneno, estos secretos los aprendentos nosobros en

las enroctes. Se deja una pieza de cobre en los orines

por un cuanto tiempo y se hace un cardenillo esce-

envenenado Soufflard; se cree que le dieron el vene-

à une de les médices de las carceles, que no se apar-

to en toda la moche, de la cabecera, de la cama, de

Soufflard; quien sufria unas convulsiones atroces y

Bancal, uno de los asesinos de Fouldés, se envenenó

ouros padecimientos no menos horribles. Al amane-

no on la misma sala de la audiencia.

Lo cjerto es, que no pudo saberse como se habia

A todo esto, eran las once de la noche. Se llamó

Por lo demás, fuera del asesinato de la señora Renault, confesaba Lesage todos los hechos culpables de su vida. Asi es, que contaba que en presidio habia robado al capellan, habiendo logrado que los ocultadores saliesen á vender por la ciudad los ornamentos de la capilla que era lo robado. Cerca de Avalon, habia cometido un asesinato en el camino que hay desde Tolon que era de donde se habia fugado hasta el citado punto. Lo único que hacia era callar las circunstancias de estas atrocidades para no comprometer á sus cómplices. Aquel negocio, decia, fue magnifico; en cuanto lo hube terminado, me metí en el primer carruaje que se presentó y me vine volando á París cargado de oro, de plata, de alhajas y de billetes de banco. Tambien referia con complacencia los numerosos robos que habia hecho en París y su voz y su rostro se animaban al referir aquellos innobles hechos.

No obstante, parecia que tenia miedo á la muerte.

El 25 de abril, en el momento en que tocaban la campana á las seis y media de la tarde, para que los jornaleros libres se retiraran á sus casas, concluido su trabajo, Lesage, aprovechándose del movimiento que habia en los talleres y en los postigos esteriores de la Conserjería, hizo los preparativos para suicidarse. Como por su actitud nadie habia llegado á sospechar que concibiese semejante idea, no se le vijilaba como se hubiera hecho en el caso contrario; Lesage habia logrado hacerse con un pañuelo de seda, y la camisa de fuerza que llevaba puesta estaba floja. Pudo, pues, atar el pañuelo á una barra de hierro de la reja de la puerta, rodeósele en seguida al cuello y despues de haberle hechado un nudo bien fuerte, y de haberse encaramado en un taburete, darle un puntapié y ahorcarse. Cuando entraron los carceleros en el calabozo á los siete y media, Lesage habia dejado de existir.

nu Truster de pronte en el holsillo, me incluar un

pocolateabezal, yemenear los lábios: ...... M curass

Alos pocos instantes, salian de la audiencia los

sentenciados: Al Hegar al corredor interior; Equelae

to day espaldas del banco de los acusados, Souffin d

se para; "a Tengo sed, grita, tengo mucha sed, dad"

me aguation y como le empujaran para que siguiera

andando, se agarra a una puerta, y con una vos que

where uniting do leselames wil engo sed on

uno de los gendarmes de la escolta, va a buscar

agua a una fuente que está en el corredor y a la cual

mun southard con un ansin que es imposible desert-

ant. Elogendarme le presenta al sentenciado un vaso

smiestro acompaña su marcha en aquel certo transi-

10; no seroverbiro sonido que el que mueven los pa-

sos acompasados de los gendarmes; de los carceleros

y declos soldados de la guardia nombrados para en-

unide centinela en los calabozos de los reos senten-

Callos a mierter Unicamente una vez, Souffland, que

aduentbeza, se para al oir sollozar à la All'ette:

Al Hegar al postigo de la Consergeria, los carce - de este modo.

Mego secencoje de hombros y aprieta el paso.

En seguida, bajan los reos la escalera. Un silencio

de aguatily sette se lo bebe de un trage.